

RECONOCER LO PRIMERO, PRIMERO



EL PRIMER MANDAMIENTO

Yo soy el SEÑOR tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud:

No tendrás otros dioses delante de mí
(Éxo. 20:2, 3).

Entonces él dijo: Yo soy el SEÑOR tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud:

No tendrás otros dioses delante de mí
(Deut. 5:6, 7).

El propósito declarado de este libro es analizar y comentar los Diez Mandamientos. En este capítulo comenzamos desarrollando el primero.

Alguien podría pensar, a simple vista, que estudiar los Diez Mandamientos en el siglo que vivimos es una tarea antigua y sin sentido. Sin embargo, nadie dudaría en afirmar que hace ya tiempo que la humanidad vive una dura crisis, una dificultad de fondo, una problemática de índole esencialmente moral y religiosa. Para la gente del siglo XXI, los Diez Mandamientos han perdido su urgencia y su atracción. No hay quién lo dude.

Vivimos ahogados en una crisis ética y espiritual que hace más y más estragos entre nosotros. Tan común se ha vuelto esta crisis que ya nos consideramos viviendo en un estado de crisis. Y también pareciera que ese estado crítico es tan acendrado que no tiene solución.

Contrario a este presagio, lo que queremos afirmar en este libro es que hay una solución a la crisis que vivimos. Hay una solución que es sencilla de visualizar

pero dura de realizar: se trata de volver a las fuentes.

Es necesario volver a las verdaderas fuentes. Tenemos que volver a las aguas de reposo. Debemos retornar a las bases morales que han cimentado, consciente o inconscientemente, nuestra civilización y nuestros pueblos. Es necesario releer, reconsiderar y refundar aquellos documentos que fundaron y sustentaron nuestro mundo humano, así como lo hemos heredado. Es necesario hacer que los ideales sustentados en aquellos documentos humanos y legales puedan reverdecer siguiendo el modelo de la vara de Aarón.

Aunque pocas personas hoy en día utilizan un bastón para poder ayudarse a caminar, algunos todavía lo hacen por distintas necesidades de darse apoyo físico y movilidad. En tiempos de Aarón, siendo que la mayoría de la población se movilizaba de un lado a otro caminando, la vara era un instrumento de estricta necesidad. Todo el mundo tenía una vara, y Aarón no era la excepción.

Teniendo que decidir sobre el liderazgo de alguno de los líderes de Israel, Dios hizo reverdecer la vara de Aarón. Esa vara de Aarón, como es de suponer para una vara que se utiliza como ayuda para caminar, se encontraba totalmente seca. Reverdeció, sin embargo, ¡en una sola noche! Estando en la presencia de Dios, la vara dio brotes, hojas, flores y frutos, todo en una sola noche, tan solo por estar delante de la presencia de YHWH Dios.

Según podemos leer en Números 17:1-13, el milagro fue así: Dios le mandó a Moisés que recogiera una vara seca de almendro de cada tribu y las pusieran todas lado a lado con la vara de Aarón, en la tienda del tabernáculo. Todas las varas pasaron la noche en el tabernáculo, pero solo la de Aarón floreció y dio fruto, demostrándose cuál era indudablemente la voluntad de Dios sobre el liderazgo de Aarón. La voluntad de Dios fue hecha y la vara milagrosamente reverdecida fue guardada como recordación solemne en el Arca del Pacto.

Lo mismo sucede con estos documentos de la humanidad que conocemos como los Diez Mandamientos. Tenemos que volver a recordarlos, a temerlos y practicarlos en nuestro diario vivir. Tenemos que mantenerlos siempre a la vista, considerarlos, estudiarlos y hacerlos carne en nosotros. En tomarlos seriamente está la solución a muchos de los problemas de nuestra civilización, sean problemas personales, sociales, políticos, o de cualquier otra índole.

Como ya anticipamos en la Introducción, también los judíos del tiempo de Jesús habían abandonado la importancia trascendente de estos mandamientos y de la relación íntima con Dios que los mandamientos promueven. La crisis aparentemente política de Israel en tiempos de Jesús estaba mostrando que por

debajo de ella subyacía otra crisis, más dura, más profunda, más íntima que la anterior: una crisis moral que tenía su fundamento en el alejamiento de Dios.

A esa crisis Jesús la confrontó con aquellas famosas palabras: “¡Dad a Dios lo que es de Dios!” (Mat. 22:21). Sus palabras aún hoy resuenan como un llamamiento a todas las épocas y a todos los pueblos: “Den... a Dios lo que es de Dios”.

La crisis de nuestros días proviene de las mismas raíces. El olvido de Dios ha hecho que se conmuevan el fundamento ético y las bases morales de nuestro diario vivir. La moral sin Dios no vale como moralidad. Desgraciadamente, nuestro mundo se ha olvidado de Dios, un Dios que es reconocido en las constituciones de diversos países como “fuente de toda razón y justicia”.

La necesidad imperiosa de nuestra época es poder recuperar este cimiento ético de nuestra moral cotidiana. Gracias a Dios no necesitamos elaborar nuevamente este código ético, ya lo tenemos. Se llama los Diez Mandamientos o, quizá más propiamente, el Decálogo.

El Decálogo representa ese código de valor ético fundamental para todos los tiempos y para todos los seres humanos. Los mandamientos fueron dados por Dios originalmente al pueblo judío, pero son patrimonio de la humanidad.

Meditar en el Decálogo nos ayuda a comenzar a poner para nosotros mismos un cimiento didáctico, redentor, correctivo y permanente, un fundamento que es la ley suprema de Dios. Necesitamos hacerlo como seres humanos, como habitantes de un pueblo, como ciudadanos de una nación, como miembros de una comunidad religiosa, y finalmente como individuos comprometidos con la realidad circundante.

Los mandamientos son diez, *deka-logo*, ya en varias ocasiones lo hemos dicho y también hemos recordado que el orden en el cual se manifiestan no es caprichoso, ni aleatorio, ni al azar.

En este capítulo analizamos el primer mandamiento, el primero de los primeros.

El primer mandamiento dice: “Yo soy el SEÑOR tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud: No tendrás otros dioses delante de mí” (Éxo. 20:2, 3; Deut. 5:6, 7). El mandamiento afirma, pero también obliga. Dios es único: No debemos tener otros dioses. Dios es único: tampoco necesitamos tener otros dioses.

En la lectura cristiana de los mandamientos, además, hay diferencia en la división de los diez mandamientos entre la interpretación católica romana y la interpretación protestante o evangélica. En la interpretación católica romana el primer mandamiento incluye también al segundo, de modo que luego hace falta

dividir el décimo mandamiento en dos para llegar a tener diez.

En la interpretación protestante el primer mandamiento es sobre la naturaleza de la persona de Dios y el segundo tiene que ver con hacerse imágenes de cualquier divinidad y adorarlas como si las imágenes fueran verdaderos seres espirituales.

En cualquiera de los dos casos, sin embargo, el primer mandamiento sigue siendo el primero. Efectivamente, lo primero es reconocer a Dios como único Dios. No debemos tener otros dioses “delante de Dios”.

Es justo y necesario que los mandamientos comiencen con la declaración: “Yo soy el SEÑOR tu Dios...”. Algunos podrían considerar que esta frase es solo una introducción general a los mandamientos. Sin embargo, hay fuerte evidencia textual y lógica, que nos indica que con esta expresión ya comienzan los mandamientos mismos. La propia frase: “Yo soy el SEÑOR tu Dios...” no es solo una frase para comenzar, un modo de entablar una conversación, o una manera de iniciar los mandamientos en sí. La frase, sin embargo, demuestra el valor del orden primordial de todas las cosas. Lo primero es lo primero. Y en este caso, lo primero es reconocer que Dios es el SEÑOR. Por eso, el primer mandamiento comienza: “Yo soy el SEÑOR tu Dios”.

La expresión “el SEÑOR” traduce el nombre de Dios llamado “el tetragrama”, es decir, las “cuatro letras”. Esas letras son YHWH, que significan: “Yo soy”. Decir: “Yo soy YHWH”, entonces, es como decir una redundancia. Es como decir “Yo soy ‘Yo soy’, tu Dios”.

En cuanto al señorío y primacía de Dios, sin embargo, esta aparente redundancia es valiosa e importante de ser reconocida. La repetición está ahí para mostrar cómo se presenta a sí mismo YHWH Dios: “Yo soy el Alfa y la Omega”, dice el SEÑOR Dios respecto de sí mismo, “el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Apoc. 1:8). “Alfa” y “Omega”, son la primera y la última letra del alfabeto griego. Así es el SEÑOR, el comienzo y el fin. El tetragrama utiliza las cuatro letras en mayúsculas porque en la antigüedad el idioma hebreo se escribía en letras mayúsculas sin vocales.

YHWH Dios, entonces, es un Dios que ha sido nuestro refugio “de generación en generación”, “desde la eternidad hasta la eternidad” (Sal. 90:1, 2). Precisamente por eso, porque es eterno y vive en eternidad, es el SEÑOR Dios, nuestro Dios y SEÑOR. No podemos presentar otros dioses delante del SEÑOR Dios. Note que no dice “un” Señor, dice “el” Señor. Solo YHWH Dios es el SEÑOR. Solo YHWH Dios es quien es y es quien dice que es.

Este mandamiento no solo indica quién es la fuente y sostén de la verdadera divinidad —Yo soy YHWH— sino que también señala que YHWH Dios es nuestro Dios. La expresión “Yo soy YHWH” está modificada por el pronombre personal “tú”. Yo soy *tú* Dios, dice el SEÑOR. No solo podemos decir “YHWH” con verdad y certeza que él es el único Dios que hay, también podemos afirmar que él es *nuestro* Dios. YHWH es el Dios de toda la humanidad, y además es el Dios personal de cada una de las personas individuales que componemos esa humanidad.

El primer mandamiento, entonces, es “Yo soy el SEÑOR tu Dios”. Es un mandamiento breve y conciso, que tiene dos corolarios. El primer corolario, de orden histórico y relacional, que dice: “...que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud”; y el segundo corolario, de orden legal y solemne, que dice: “No tendrás otros dioses delante de mí”.

La primera y fundamental manera en que Dios se revela a sí mismo a su pueblo es de carácter relacional: Dios es un Dios liberador. Dios se manifiesta como el Señor todopoderoso que sacó a Israel de su esclavitud en Egipto. Ninguno de nosotros puede conocer a Dios en la plenitud de su existencia. En este primer mandamiento, sin embargo, Dios se da a conocer como aquel que sacó a Israel de la servidumbre de la esclavitud y lo encaminó por caminos de libertad. Yo soy tu Dios, dice el mandamiento, porque te saqué de aquella esclavitud de la cual tú no podrías haber salido por ti mismo.

Es obvio que Dios no quiere liberarnos de nuestros captores para luego reesclavizarnos en cadenas de mandamientos y moralidad. El Decálogo no es una serie de cadenas que restringen nuestra libertad. Por el contrario, estos Diez Mandamientos son el fondo de una cultura de libertad que estructura y disciplina nuestro libre albedrío para darle mayor efectividad y autonomía.

Dios no quiere tener una multitud de hijos malcriados que menosprecien la libertad que él les ha provisto en búsquedas egoístas que les apartan de las fuentes de vida. Eso no es libertad. Dios quiere ser el Padre de una generación de hijos que descubren, estudian y obedecen las leyes de la vida. Dios es la vida misma (Juan 14:6). El Decálogo manifiesta esa fuente de vida.

El Decálogo es como una serie de postes indicadores del camino que nos lleva en dirección correcta sin que nos perdamos en medio de la jungla de la vida. El Decálogo nos mantiene en la dirección correcta de la vida, para que no nos convirtamos en siervos de una cultura de muerte. Eso es libertad. Eso es lo que Dios quiere para nosotros como Dios soberano.

Además, Dios se revela como un Dios que no acepta otros pretendidos “dioses” en su presencia. El verbo que se usa en el mandamiento está en modo imperativo. No dice: “no tienes”, sino “no tendrás”. Ese modo de expresión puede traducirse de dos maneras. Primero: “no deberás tener”, y segundo: “no necesitarás tener”.

De cualquiera de estos modos que la traduzcamos, la frase señala el hecho de que YHWH Dios es más que suficiente para todas nuestras necesidades humanas. No necesitamos más que a YHWH Dios. Dios nos creó a su imagen y semejanza. Dios nos sacó de la dolorosa y denigrante esclavitud. Dios se nos revela como el Señor todopoderoso que, así como sacó a Israel de su esclavitud egipcia, también está dispuesto a liberar a quien sea que se acerque a su presencia y le pida que lo encamine por sendas de libertad.

Por eso YHWH es un Dios más que suficiente para todo ser humano. Lo es para los judíos, quienes recibieron primeramente la revelación; lo es para los cristianos, quienes heredamos la presencia del Señor como un injerto nuevo en un viejo olivar; y lo es también para los musulmanes, quienes recibieron revelación por medio de otros profetas, y que deben reconocer plenamente la persona de YHWH Dios. Nuevamente, Dios es más que suficiente para los judíos, para los cristianos y para los musulmanes. Todo ser humano puede declarar a YHWH como su Dios. Lo primero es primero.

En una época henoteísta como la que existía durante el nacimiento de Israel como nación, era posible tener a YHWH Dios y también tener a otros dioses. El henoteísmo israelita intentó ser un arreglo de conveniencia para dejar contentos a unos y a otros; a los politeístas —que eran muchos— y a los monoteístas, que eran muchos también. En el monoteísmo se tiene un solo Dios. Punto y aparte. No hay más discusión. En el politeísmo se tienen muchos dioses, todos de igual valía, cada uno de ellos gobernando sobre un país, una región o territorio.

Para que no haya confusión, los Diez Mandamientos comienzan prohibiendo el henoteísmo. Dios prohíbe que se tengan otros dioses delante suyo, es decir, en su presencia. El primer mandamiento manifiesta claramente que no se puede tener a Dios y tener otros dioses a la vez. La santidad de Dios es la que impide la presencia de los otros dioses. Si Dios es uno y santo, ¿por qué insistimos en tener otros dioses delante de él? ¿Para qué necesitamos otros dioses? ¿No es YHWH Dios un Dios suficiente y competente?

Los dioses de la época del nacimiento de Israel como nación eran dioses territoriales y limitados por sus propias dolencias. Moloc (Lev. 20) era un dios

que demandaba el sacrificio de los niños. Los filisteos en Asdod adoraban a Dagón e intentaron ponerlo a la par del Arca del Pacto (1 Sam. 5:1-7), cosa que no lograron, a pesar de que lo intentaron varias veces. Baal era un dios con muchas caras. Los israelitas se asociaron con el Baal de Peor (Núm. 25:1-3). El profeta Elías destruyó a los Baales, es decir, todas las variedades territoriales de Baal que se daban en la tierra prometida (1 Rey. 18:17-40). Entre ellos también fue derribado Baal-Zebub, el dios de Ecrón (2 Rey. 1), a quien el rey Ocozías consultó sobre la sanidad de una herida por haberse caído desde el piso superior de su vivienda. Ocozías consultó a Baal-Zebub porque él era el dios que regía sobre la tierra donde Ocozías vivía. El profeta Elías se sintió tan fuertemente agraviado por esta falta de fe y confianza de Ocozías en YHWH Dios, que mandó decirle: “¿Acaso no hay Dios en Israel para consultar su palabra?” (2 Rey. 1:16) y le anunció su muerte, cosa que le sucedió de acuerdo con la palabra del profeta.

Todos estos “dioses”, entre muchos otros, fueron confrontados con la fortaleza y solidez de YHWH Dios. Los adoradores de estos “dioses” tuvieron que darse cuenta de que el Dios de Israel era diferente de aquellos otros “dioses” que les rodeaban. Descubrieron que YHWH no era, ni es, ni nunca fue un dios territorial sino, por el contrario, un Dios universal, un Dios global, un Dios eterno. Se dieron cuenta de que YHWH es el Dios todopoderoso que fundó los cielos y la tierra, el único Dios que existe, el único Dios que puede liberarnos de toda esclavitud. Él es solo Dios, el SEÑOR, YHWH.

Los judíos también descubrieron que YHWH no era como los múltiples dioses pequeños y territoriales de los otros pueblos, dioses que no podían ni siquiera sostenerse a sí mismos. El gran descubrimiento del pueblo judío en relación con YHWH Dios fue que era el único Dios universal, lo cual vino a comprobar también que él era el verdadero Dios, más poderoso que todos los otros “dioses” que en realidad nunca existieron, sino que fueron inventados y sostenidos por los religiosos de su tiempo.

Además, los judíos también comprendieron que la única respuesta a ese Dios creador, dueño del cielo y de la tierra, es una entrega total y una dedicación completa a él. Una dedicación parcial pondría en cuestión el hecho de que YHWH Dios fuera el verdadero Dios, el SEÑOR del universo entero.

El monoteísmo de Israel no fue, ni es, un monoteísmo teórico. No está cimentado sobre afirmaciones intelectuales de la existencia de YHWH y otros dioses de su tiempo. Por el contrario, el monoteísmo judío era, y continúa

siendo, un monoteísmo práctico, sostenido sobre una práctica de vida basada en la obediencia a Aquel que merece ser llamado verdadero y único Dios.

El énfasis del primer mandamiento no está fundado sobre una teoría teológica, discutiendo sobre el hecho de si existen muchas deidades, y si así lo fuera, quiénes son las verdaderas deidades o los dioses más poderosos. El énfasis está puesto sobre una afirmación práctica que defiende y sostiene la adoración de Israel a YHWH Dios como el único posible y verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra y de todo lo que existe, un Dios que se da a conocer a sí mismo como digno de nuestro compromiso tanto a nivel individual como colectivo.

Por su parte, en la antigüedad griega y las culturas grecorromanas, los pueblos formaban anficionías para el manejo de los intereses de las ciudades que las componían. Del mismo modo, también tenían anficionías de dioses compuestas por aquellos que adoraban a esos dioses territoriales. Los antiguos en su gran mayoría creían en muchos dioses y eran politeístas en su modo de entender las divinidades. Los dioses griegos, además, poseían apariencia humana y estaban llenos de virtudes y defectos. A diferencia de los humanos, estos dioses eran inmortales y gozaban de poderes sobrenaturales.

En el modo antiguo del entendimiento de las divinidades los dioses también eran territoriales. Es decir, tenían poder sobre ciertas regiones de la tierra y se relacionaban entre ellos en sus propios dominios, en una manera parecida a lo que sucede en nuestro tiempo entre algunos gobernantes autócratas, que dan y reciben “poderes” dentro de sus dominios en relación con los acuerdos y alianzas que hacen entre ellos. Lo mismo pasaba con las anficionías de dioses en la cultura griega.

Era bastante común, entonces, que las deidades de una región tuvieran dentro de su anficionía algún dios o dioses que cargaran con la prioridad, y algunos otros “delante de” ellos, es decir, que aunque no eran los verdaderos “dioses” dueños de la tierra, podían todavía ser adorados como tales porque eran parte de la anficionía que tenía el poder y mantenían arreglos especiales con el dios principal controlador de la región.

YHWH Dios, sin embargo, no se revela a sí mismo como un dios territorial. YHWH es el Dios universal. YHWH Dios compuso los cielos y la tierra. Admitir otros dioses “delante de” su presencia sería como insultar una magnificencia tan eminente y aceptar una esclavitud injusta. Era más que evidente para los judíos de aquella época que YHWH Dios era el único digno de todo reconocimiento, reverencia y adoración. Por eso, YHWH Dios tenía que ser un Dios singular.

El número uno difiere de todos los otros números cardinales no solo en cantidad, también en calidad. Uno es singular. Dos y diez mil millones son plural. solo el número uno es singular. El primer mandamiento apunta a la singularidad de Dios. Dios es uno: singular, indiviso, simple, unitario, completo, único. Siendo que Dios es único y singular, tener otros dioses sería menospreciar su omnipotencia y su esencia indivisa. Dios es singular, no plural.

También en la teología musulmana, la persona de Alá Dios se manifiesta fuertemente monoteísta. Como ya hemos dicho, la literatura musulmana expresa los Diez Mandamientos, aunque no lo haga como lo hicieron los judíos y los cristianos, a través de un Decálogo, sino como una serie de versículos que, aunque parezcan desconectados entre sí, viendo la final estructura literaria del pasaje, se manifiesta fuertemente cohesivo entre sí.

En el primer verso del Corán donde se expresan los Diez Mandamientos, cada verso tiene un final muy adecuado. En el primer verso hay cinco mandamientos que terminan con la frase “para que puedas comprender”. El primero de ellos se titula “No asociéis nada con Él”, y dice:

Solo hay un Dios. Creer que hay alguien más que comparte la Divinidad con Alá es *Shirk*, es decir, una blasfemia y un pecado mayor. La creencia en el *Tawhid* o en la Unicidad de Alá es el principio verdadero, más lógico y razonable. Todas las demás creencias en dualidad o multiplicidad de dioses no tienen fundamento en la verdad, la razón o la realidad.

Este es el apoyo elemental que el Islam ha dado al monoteísmo judeo-cristiano, apoyo que ha ayudado a poner y sostener las bases de toda la civilización occidental, la misma que hoy en día, increíblemente, está cambiando la singularidad de Dios por la pluralidad excesiva de deidades.

Jesucristo enseñó: “Nadie puede servir a dos señores...” (Mat. 6:24). La lealtad a Dios no puede ser compartida con otras lealtades. Dios es uno. La fidelidad completa a Dios elimina la fidelidad a cualquier otra lealtad que uno quisiera o pudiera tener.

Dios toma la iniciativa. Dios está esperando a la puerta de nuestro corazón para que le dejemos entrar. Dios no nos invade, aunque pudiera hacerlo. Dios quiere invitarnos a realizar con él un viaje de libertad. Cada una de estas diez “palabras” que componen el Decálogo es una avenida en el entendimiento de la esencia de Dios, una invitación a una vida de libertad.

Hoy en día quizá no creemos ya en deidades como Júpiter, Neptuno o Afrodita como creían los antiguos griegos, o los Baales de los pueblos vecinos a los judíos, pero tenemos peligrosos sustitutos.

El primer mandamiento evita que cualquier persona o grupo de personas tome el lugar de Dios en las supremas lealtades humanas.

La primera persona que naturalmente desea tomar el lugar de Dios en nuestras lealtades es cada uno de nosotros mismos. “Yo soy mi Dios”, nos decimos y pensamos. Quizá no lo digamos con esas palabras, quizá lo pensemos aun sin palabras, pero sí lo pensamos: Yo soy mi dueño, yo hago lo que quiero, yo vivo a mi manera, y expresiones similares. Todas estas frases solo enfatizan un orden de prioridades equivocado. El “yo” ha tomado el lugar de Dios.

De la adoración del yo nace una religión narcisista. El individualismo malo nos lleva a adorarnos a nosotros mismos.

También el nacionalismo supremo viene a ser una forma de religión en la cual adoramos a nuestra propia raza o manera de ser humano. Todas estas y muchas otras formas de egolatría nos separan de la prioridad que es Dios. En los últimos tiempos hasta hemos sido testigos de un nacionalismo cristiano.

Tampoco nuestro padre o nuestra madre pueden tomar el lugar de Dios. El quinto mandamiento manda honrar al padre y a la madre, pero los cuatro mandamientos anteriores están dedicados a honrar al verdadero Dios. Dios no es una proyección de la figura paterna, como algún psicólogo ha pretendido que lo sea. Dios es YHWH Dios: “YO SOY EL QUE SOY” (Éxo. 3:14).

De la adoración al padre y a la madre nace una religión paternalista. Tenemos que honrar a nuestros padres, sin por eso adorarlos.

Tampoco un pastor, algún líder político carismático, o quizá algún otro líder religioso pueden tomar el lugar de Dios en nuestras íntimas lealtades. ¡Pobre de aquella iglesia que adora a su pastor! Pronto se quedará sin su dios. Los pastores somos humanos, ni más ni menos. Los líderes religiosos y los líderes político-religiosos tampoco pueden ser objeto de nuestras devociones. De la adoración a un líder religioso nacen y se sustentan formas de religión de creencias y prácticas extrañas. Solo Dios es nuestro Señor. Solo YHWH Dios merece nuestra adoración.

Tampoco un rey o gobernante puede tomar el lugar de Dios. No solo en nuestros días ocurre esto de que los gobernantes se conviertan en dioses. No solo en la época contemporánea existieron dictadores como Hitler, Ceausescu, Sadam Hussein, Videla, Massera y Agosti, Pinochet, y otros que intentaron regir la humanidad con vara de hierro, torturando y matando gente según sus propios deseos

y designios. Los déspotas siempre han demandado perfecta y única adoración.

El ejemplo paradigmático quizá sea el de la oposición cristiana al régimen inhumano del sanguinario dictador alemán Adolfo Hitler. La acción y oposición al implacable dictador despertó la admiración de la gente del siglo pasado. Nos preguntamos: ¿Qué tenían los cristianos alemanes que no tenían los sindicatos obreros, los periódicos o las universidades? Nosotros sabemos qué tenían: tenían el primer mandamiento. YHWH Dios era su Dios, no Hitler. Del mismo modo que los cristianos del primer siglo tuvieron que decidir entre *Kyrios Cesar* —“El Cesar es el señor”—o *Kyrios Jesus*— “Jesucristo es el Señor”— así los cristianos del siglo XX tuvieron que decidir entre Hitler o Jesucristo. Nadie ni nada pueden reemplazar el señorío de Jesucristo.

De la adoración a un gobernante nace una religión de estado, o un estado religioso. El ejemplo bíblico de Acab y la viña de Nabot es muy claro al respecto (1 Rey. 21:1-20). Acab, rey de Israel, codiciaba la tierra de un hombre pobre, Nabot. A pesar de que el rey lo molestaba todo el tiempo para que se la vendiera o se la cambiara, Nabot siempre se rehusó. Era la tierra de sus padres, a quienes él consideraba más importantes que el rey. Jezabel, la maligna mujer del rey, molesta porque aquel pobre hombre, en su estimación de Nabot, importunaba a su importante marido, lanzó contra él una acusación falsa. Al día siguiente Nabot fue muerto apedreado por causa de la mentira de Jezabel.

Entonces Acab, suponiendo que habían desaparecido los obstáculos para poseer aquella viña, se dirigió resueltamente hasta ella. Lo que el rey no se imaginaba es que Dios, que había visto todo lo sucedido, había enviado también al profeta Elías a que se interpusiera en su camino. “¿Así que me has encontrado, enemigo mío?” preguntó Acab. “Te he encontrado,” respondió Elías, “porque te has vendido a hacer lo malo ante los ojos del SEÑOR” (1 Rey. 21:20). Todo dictador en potencia tiene un límite a sus caprichos. El límite es la persona de Jesucristo.

También Policarpo, quien fuera obispo de Esmirna al comienzo del siglo II, tuvo que testificar en martirio su lealtad a Jesucristo. Fue quemado en la hoguera y atravesado con una lanza por negarse a quemar incienso en adoración al emperador romano Antonino Pío. Después de Esteban, quien fuera apedreado por su fe, como lo testifican el libro de Hechos (Hech. 7:59), el *Martirio de Policarpo* se considera uno de los primeros relatos genuinos de un martirio cristiano. ¿Por qué fue Policarpo quemado en una hoguera? Por no ceder a las demandas de un emperador que no conoció sus límites.

Estos son solo unos pocos ejemplos de los miles de sacrificados cristianos que tuvieron que pagar con su vida el reto de ser fieles al Señor y testificar su lealtad a Dios por sobre toda otra lealtad humana.

Esta es la base de la igualdad. Hay un límite a los caprichos del rey porque hay alguien más eminente y superior al rey: YHWH Dios. Porque Dios es Dios entonces la ley es la ley. La ley es más importante que el gobernante, y no se puede destruir, porque está basada, sostenida, fundamentada en el primer mandamiento: “Yo soy tu Dios”.

El primer mandamiento no solo evita que alguna persona tome el lugar de Dios, también evita que prospere la desigualdad entre los seres humanos y con ello prospere el mal sobre la tierra.

Esta es la noticia más importante para nuestro mundo hoy: Porque Dios es Dios, todos los seres humanos nos igualamos en un sentido muy profundo, más profundo que las declaraciones de derechos humanos más importantes que los humanos hayamos podido escribir jamás. Todos los humanos somos igualmente responsables por el destino de nuestro mundo, por la vida de los demás, por el respeto mutuo.

En muchos sentidos los humanos no somos iguales. Pero porque Dios es Dios, los humanos gozamos de una igualdad profunda. Dios es Dios del bueno y del malo, del humilde y del orgulloso, del súbdito y del rey, del ciudadano y del gobernante. Igualdad en la presencia de Dios significa que los cristianos no estamos solos en nuestros débiles esfuerzos por mantener la justicia, el amor, la misericordia, la verdad y la libertad en el mundo. Podemos sentirnos sostenidos y apoyados en Dios, cuya igualdad es inobjetable, precisamente porque solo Dios es Dios.

El primer antídoto al mal en la tierra no son las leyes, es Dios. Dios es el dador de las leyes. El primer mandamiento nos recuerda que, porque Dios es Dios, el mal no prosperará. Porque Dios es Dios, solo Dios será reverenciado y adorado. Porque Dios es Dios, castigará toda maldad. El primer mandamiento nos lo recuerda vivamente. Porque Dios es como es, los humanos debemos ser como Dios quiera que seamos.

El primer mandamiento evita una cosa más: impide que el ser humano se crea centro y figura del universo. Con la esperanza de convertirse en el centro, muchas personas han propuesto reescribir los Diez Mandamientos. Al ser humano le molesta no poder reconocerse a sí mismo como centro y figura. Su orgullo queda manchado cuando tiene que reconocer que en muchas cosas depende de

otros. Pero la verdad es que el ser humano depende de la generosidad y providencia de Dios para todo.

Los momentos más sencillos de la vida nos revelan cuánto de veras dependemos de Dios como nuestro proveedor. Veamos: ¿De dónde sacamos el pan que comemos? Obviamente, de la panadería. Segunda pregunta: ¿Quién lo horneó en la panadería? Respuesta: El panadero. Tercera: ¿Y de dónde sacó su harina el panadero? Pues, del molino que le provee la harina. ¿Y de dónde sacó el molino la harina? Seguramente lo sacó del trigo, del campo donde fue sembrado y cosechado. Y el campo y el trigo, ¿de dónde provienen? Tan obvio como sencillo de ver, todo eso lo creó y sustentó Dios. Dios es el último dador y Señor de todas las cosas. Dios está lleno de buenas dádivas y dones perfectos para nosotros, nos recuerda Santiago (Stg. 1:17). Dios es la bendita Providencia que todo lo produce y todo lo da, súper generosamente, según Santiago.

Muchas otras realidades pueden ser instaladas en nuestro corazón como nuestras realidades más íntimas que funcionan como nuestro dios y señor. En muchas ocasiones, el dinero y el éxito en los negocios funcionan como nuestro dios, especialmente en relación con el consumismo y la búsqueda del poder político. Nuestro sentido de seguridad en relación con nuestra ansiedad existencial hace que se dispare en nuestro interior la necesidad de sentir seguridad y un verdadero sentido de dependencia de parte de Dios mismo.

En el último capítulo de este libro analizaremos el diálogo de Jesús cuando se le preguntó cuál era a su juicio el primer mandamiento, y él contestó: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente” (Mat. 22:37-39; ver Deut. 6:5). Veremos en qué sentido esta respuesta de Jesús es una paráfrasis de este primer mandamiento. Jesús, como el apóstol Santiago, reconocen que todo proviene de Dios, “quien da a todos con liberalidad y sin reprochar” (Stg. 1:5).

“Yo soy... Dios”. Nadie más es Dios. El primer mandamiento nos lo recuerda. En Dios la unidad trasciende y se sostiene en la diversidad. Dios reclama el lugar que le pertenece: ser Dios. Dios no solo nos recuerda que él es Dios. Dios también nos manda recordarle. El primer mandamiento no solo dice que Dios es Dios, también dice: “no tendrás otros dioses delante de mí” y, con ello, afirma a la par: me tendrás a mí, y solo a mí, como tu Dios.

Esta sencilla convicción hecha de corazón cambiaría completamente nuestra vida. La vida de toda persona que de veras la crea, y la vida de toda nación que viva por ella, serían radicalmente cambiadas. Si vivieran a la altura de Aquel a

quién nombran “fuente de toda razón y justicia”, a quién invocan en su constitución, muchas cosas cambiarían para bien en nuestras naciones y nuestro mundo entero.

El sentido de prioridad del primer mandamiento es lo más importante que cualquier persona pueda tener. Más allá de mí, más allá de mi padre, de mi pastor, de mi presidente, del poder, de la ansiedad y de la falta de esperanza, etcétera: más allá de mi quién sea y mi qué sea; más allá, mucho más allá, más allá está mi Dios.

Los primeros cuatro mandamientos, entonces, destacan la primacía absoluta de Dios por sobre las demás personas que puedan demandar alguna precedencia sobre nuestra vida.

En resumen: Lo primero es Dios. Dios es lo primero porque Dios tiene la precedencia absoluta. Necesitamos aprender a darle a Dios siempre la prioridad absoluta en nuestra vida. Ese es el primer mandamiento.

El segundo mandamiento se manifiesta así: Porque YHWH Dios es el único y verdadero Dios, necesitamos saber cómo adorar lo verdadero, y cómo dejar de lado los ídolos que con tanta facilidad nos tallamos los humanos para nosotros mismos. Este es el segundo mandamiento.

Tercero: Porque Dios es verdadero Dios, necesitamos aprender a tomar el nombre de YHWH Dios con toda seriedad, y no caer en una falta de respeto hacia nuestro Dios o en relación con cualquiera de sus criaturas. Necesitamos aprender a respetar el nombre de cada persona, y muy especialmente, el nombre del SEÑOR. Este es el tercer mandamiento.

Cuarto: Porque Dios es verdadero Dios, necesitamos honrar la persona de nuestro Dios trabajando por seis días —ni más, ni menos— y reposando el séptimo, imitando la actitud de confianza y seguridad que declara un Dios que sabe lo que hace. Con su propio ejemplo Dios nos enseña a trabajar, a reposar y a discernir los ciclos de vida. Este es el cuarto mandamiento.

Estos primeros cuatro mandamientos nos ayudarán a ordenar nuestras prioridades del modo en que Dios quiere que las ordenemos. Los próximos seis mandamientos, más adelante, nos ayudarán a ordenar nuestras prioridades en relación con los demás seres humanos, comenzando con la honra a la herencia, nuestro padre y nuestra madre. Nunca respetaremos completamente a Dios a no ser que respetemos a nuestros iguales. A esto se dedican los últimos seis mandamientos.

Tomás había sido llamado por Jesucristo como discípulo junto con los Doce. Había experimentado lo mismo que todos durante todo el tiempo que todos ellos

se reunieron con Jesucristo. Sin embargo, algo faltaba en la experiencia de Tomás en relación con Dios. Quién sabe qué era Dios para Tomás. Quién sabe cómo creía Tomás conocer al Señor. Cuando Cristo resucitó, Tomás no les creyó a sus compañeros de milicia. Tuvo que ver directamente al Señor resucitado, tuvo que ser reprendido en su falta de fe por el propio Jesucristo para que finalmente recapacitara y reconociera que lo primero debe siempre ir primero. Cuando Tomás lo reconoció, no fue necesario ya tener ningún otro tipo de aseveranza, simplemente adoró a Jesucristo mientras declaraba contundentemente: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28).

Finalmente Tomás entrega al Señor una declaración profunda y verdadera reconociendo al Dios profundo y verdadero: “¡Señor mío y Dios mío!”. Cuando reconocemos la importancia fundacional de este primer mandamiento todas las cosas se ordenan en nuestra vida, nos permiten considerar y apreciar la divinidad del Señor y la humanidad de los que vivimos como cosostenedores del valor del universo y de la libertad en la que queremos mantenernos en firmeza y emancipación.

Dios quiera que siguiendo el ejemplo de Tomás todos podamos valorar nuestras relaciones con Dios y con nuestros prójimos personificadas en el desarrollo de los Diez Mandamientos.

Que finalmente, como Tomás, podamos afirmar en humillación y limpieza de corazón: “¡Señor mío y Dios mío!” (Juan 20:28), y podamos reconocer que lo primero debe ser siempre, y estar siempre, primero.

Recordemos siempre: ¡Hay que reconocer lo primero, primero!